

guno tampoco es tan completo porque en esta composición se encuentra todo: cielo, árboles, aguas, tierras, fábricas, personajes y animales. No se sabe lo que podría añadirse aquí, para hacer la composición mas rica y sin salir de la verdad.

Hasta aquí hemos considerado á Van den Velde como pintor de paisaje y de animales, y bien que su compatriota

Houbraken nos haya hecho saber que había pintado cuadros de historia sagrada para iglesias, por nuestra parte no nos atrevemos á asegurar que se le pueda dar, á justo título, el nombre de pintor de historia, sobre todo cuando en sus mas célebres cuadros de este jénero se hallan mezclados siempre y aun predominan el paisaje y los animales. Si se quiere un ejemplo de lo que decimos no hay mas que ver la *Huida de*



VAN DEN VELDE. -- Las diversiones del invierno.

Jacob que ha adornado largo tiempo la preciosa galeria del cardenal Fesch.

Estando el sol en el ocaso en el momento en que los vapores de la tarde se elevan de las montañas y se agrupan en nubes cenicientas que recorren majestuosamente el horizonte azul coloreado con las últimas tintas de la tarde, Jacob seguido de los suyos se aleja de la casa de Laban: sus mujeres, sus hijos, sus numerosos rebaños, la muchedumbre de sus criados y sus camellos, marchan lentamente detrás de él, por un camino que atraviesa por un precioso valle, dominado á la derecha por una montaña cubierta de verdura, á cuya falda lo mismo que á la cima, se ven dos pequeñas habitaciones rodeadas de árboles variados, y protegido por una cadena de verdes colinas, encima de la cual se eleva en lon-

tananza, la cabeza cenicienta y desnuda de un alto monte.

La fugitiva caravana llena todo el camino; algunos rebaños rezagados se ven aun á lo lejos, siguiendo las ondulaciones de la colina, guiados por sus pastores que se apresuran á reunirse á sus compañeros.

Si esto es *pintar historia*, se puede dar el título de pintor de historia á Adriano Van den Velde como lo han hecho varios escritores. Nosotros vemos ahí mas paisajes y naturaleza que otra cosa, y por esto el artista de que nos ocupamos en estas tres noticias sucesivas permanece á nuestros ojos sin mezcla híbrida, como una de las glorias mas elevadas de la pura y verdadera escuela holandesa.

J. J. ARNOUX.

LAS EDADES. — I. LA INFANCIA.



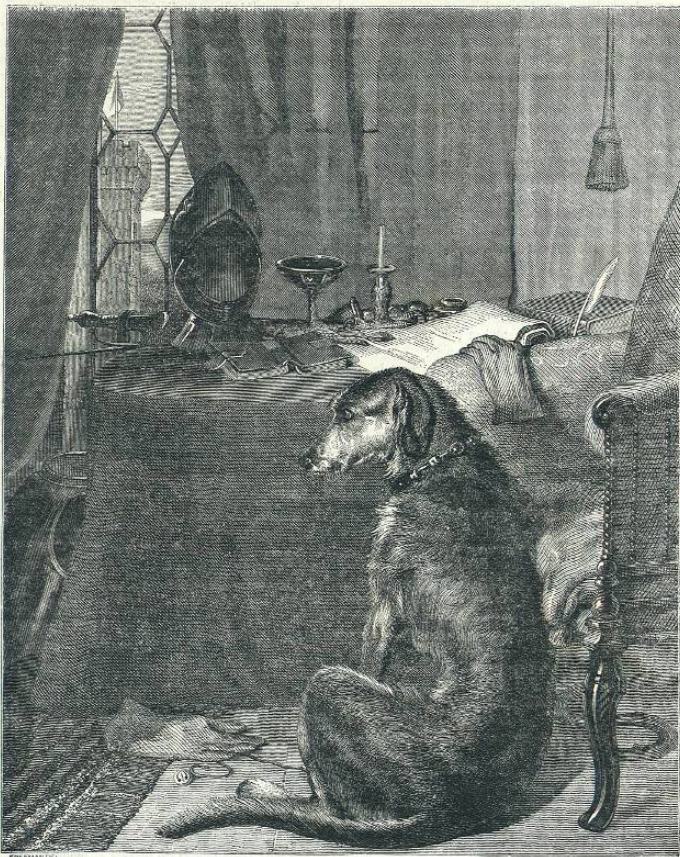
Composicion y dibujo de Tony Johannot.

Ahí está la infancia con todas sus gracias y sus goces. En segundo término dos hermanitos se muestran las flores que acaban de abrirse y las mariposas que han vuelto á aparecer en el azul del cielo, en tanto que en primer término otros dos niños juegan con el perro de la casa, humilde y dócil amigo que soporta con igual paciencia, caricias y caprichos.

En medio se ve una jóven inundada de luz y radiante con todas las glorias de la maternidad; da su mano derecha al mayorcito de sus niños que se oculta por timidez; á la izquierda su hermanito mas jóven se halla absorto completamente por el pastelillo que está comiendo, y el mas tierno de todos lo mira y se sonríe en sus brazos. Mas allá otra ma-

generalmente no es la buena voluntad, sino las luces. Todo el mundo desea evitar el mal camino tanto para sí como para los otros, pero no se descubre este camino por falta de atención, y solo se reconoce el error al llegar á su término.

Estas reflexiones no pueden disminuir la admiración hacia los virtuosos, aunque inspiran la indulgencia por los culpables; una máxima latina ha dicho esto mismo ántes que nosotros: *la rigurosa injusticia, es una injusticia rigurosa.*



El perro del amo, por Landseer.—Dibujo de Freeman.

Para exigir que todos lleguen al mismo resultado, sería necesario que ántes tuviesen las mismas piernas y el mismo punto de partida. Tratemos pues de no irritarnos mucho

contra el perro tuerto. Si ladra á los transeuntes, acordémonos de que todas las lecciones que ha recibido se reducen á unas cuantas patadas.

LOS DOS PERROS.

(Véase la pág. 135.)



El perro del criado, por Landseer.—Dibujo de Freeman.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR
ELIAS BERTHET.

Véanse las páginas 8, 14, 21, 26, 31, 45, 56, 62, 66, 82, 90, 101, 108, 116, 124 y 132.)

Enrique de Steinberg había recobrado la razón, ó al menos se hallaba en uno de esos momentos lucidos que á veces tienen los insensatos. Pero esta dichosa circunstancia tenía para Magdalena una terrible compensación.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

—Oh Dios mío! No se acuerdal dijo la mujer desesperada. Entonces contó rápidamente lo que sabía ó lo que suponía, á fin de ayudar la memoria de su amo. Enrique no manifestaba mas que mucha estrañeza y duda:
—Estais soñando Magdalena, repuso aparentando sonreirse, nunca he sabido donde está el Camino de la Huida; mi abuelo Hermann se llevó este secreto á la tumba... Pero cómo he venido aqui? continuó; la cabeza me pesa... me parece que me despierto de una pesadilla... Dónde está mi hermana?

nuestra única esperanza... ella primero y luego yo... Nuestros males acabarán de un solo golpe.

Y al decir esto, levantó su cuchillo sobre Whilemina.

— Frantz! Frantz! murmuró una voz suave como la de un ángel, valor, no debemos morir aquí.

El joven se quedó inmóvil no sabiendo si Whilemina soñaba ó si estaba despierta.

— ¿Qué dices? replicó; el universo entero nos abandona.

— El cielo no nos ha abandonado, Frantz; arroja lejos de tí esa arma homicida con la cual querías terminar mis padecimientos... tu mano no debe derramar mi sangre.

Frantz se había quedado estupefacto; como en medio de una oscuridad profunda la joven dormida había podido sorprender su siniestro proyecto? No había manifestado en alta voz sus ideas de muerte, y sin embargo Whilemina hablaba con acento firme, sin que se pudiese creer que deliraba. El joven obedeció maquinalmente y arrojó lejos de sí el cuchillo.

Entonces Whilemina buscó su mano en la sombra, y la estrechó en las suyas murmurando con voz cariñosa:

— Amado mío; recobra tu valor... el poder que acaba de revelarme tu pensamiento de desesperación me protege...

Durante mi sueño, la cigüeña protectora del Steinberg, la que salvó á mi abuelo Roberto, se me ha mostrado en medio del firmamento azul... cerniéndose sobre mi cabeza y trazando grandes círculos de oro, como coronas. Yo estaba prosternada y muda... Ninguna voz me ha hablado, y sin embargo he sentido que mi corazón se llenaba de una viva y santa esperanza... La noble cigüeña se perdió en la inmensidad de los aires... Mis ojos la buscaban todavía cuando me he vuelto á ballar aquí, cerca de tí, en las profundidades de la tierra. No sé qué revelación tan extraña he tenido; no podía verte ni oírte, y sin embargo sabía que estabas acosado por ideas de muerte, que ya tu mano estaba levantada para herir... Dios me ha devuelto de repente las fuerzas y la razón para anunciarte que las puertas de la vida y de la felicidad se abren de nuevo ante nosotros... Animo, amado mío, ánimo y esperanza!...

Whilemina volvió á caer moribunda sobre su asiento.

Frantz había escuchado con silencioso estupor estas palabras. Debía atribuirles á una alucinación hija de aquel estado desesperado? Frantz se hallaba demasiado fuera de sí en aquel momento para poder resolver esta cuestión; apenas le quedaba un vago instinto de la realidad. Un zumbido sordo resonaba en sus oídos; fantasmas de fuego pasaban por delante de sus ojos; la tierra temblaba, el calabozo parecía abrirse á sus pies para tragarsele.

— Potencias divinas ó infernales! exclamó en un postrer esfuerzo alzando sus brazos por encima de su cabeza, poder misterioso que debéis protegernos, apresuraos porque el tiempo vuela!

Y dicho esto cayó sin movimiento á los pies de Whilemina.

Nada volvió á turbar el silencio del calabozo, excepto el ruido lejano de una gota de agua que de hora en hora caía de la bóveda sobre la roca.

XXXI.

Algunas horas despues, los dos jóvenes esposos siempre inanimados, habían sido transportados al mismo aposento donde había pasado aquella terrible escena de la noche precedente.

Whilemina se había echado vestida sobre su cama; en su

palidez, y en su inmovilidad habriase dicho que estaba muerta.

Frantz estendido en un sillón no daba ninguna señal de vida.

Ya no estaban rodeados de oscuridad y de silencio; una porción de bujías colocadas al acaso sobre los muebles proyectaban una viva luz en aquel vasto aposento.

Un crecido número de personas esperaban con ansiedad que aquellas desgraciadas víctimas de un acto de locura acabasen de recobrar el uso de sus sentidos. Magdalena Reutner con los ojos llenos de lágrimas se inclinaba hácia su joven ama cuyas manos inertes trataba de calentar con sus ardientes besos.

Un personaje vestido de negro, con una peluca colosal, iba gravemente de uno á otro enfermo haciéndoles respirar algunas sales contenidas en diferentes pomitos de cristal: era este el médico más afamado de Manheim.

Tres ó cuatro personas agrupadas en torno de Frantz, parecían tomar un vivo interés en su peligrosa posición, y eran Sigismundo Muller, tan pálido y descompuesto como su amigo, el estudiante Alberto, y por fin el caballero Ritter, cuya actitud inquieta acaso podía tambien tener otro objeto que el estado alarmante del hijo de su soberano.

El sumiller miraba de cuando en cuando con un aire de secreta preocupación y de celos á otro personaje de fisonomía altanera y cubierto de condecoraciones que estaba á su lado.

En el ángulo de la espaciosa chimenea cuya placa de hierro colado entreabierta aun formaba la entrada del Camino de la Huida, un hombre en pié y silencioso, apoyaba su frente contra la pared como para no ver este triste cuadro; era el mayor de Steinberg.

Por último cerca de la puerta, en una especie de antesala, dos grandes lacayos empolvados y llenos de galones, esperaban respetuosamente las órdenes de su amo, el imponente personaje que causaba las distracciones del caballero Ritter.

En medio de todas esas gentes inquietas y recojidas, Fritz Reutner iba y venia con su calma acostumbrada.

Su rostro no manifestaba ni turbación ni remordimientos. Obedeciendo á la menor señal del doctor ó de su madre, parecía haber olvidado completamente la parte que había tomado en el drama siniestro que acababa de efectuarse en el Steinberg.

Por lo demás esta tranquilidad podía achacarse tambien á la convicción de haber rescatado su falta.

Fritz Reutner en efecto había sido el instrumento de la libertad de los presos. Sigismundo al llegar al castillo algunas horas ántes, supo por Magdalena que los jóvenes estaban encerrados, que el mayor había recobrado la razón y que Fritz se había marchado, y no había titubeado en intentar un nuevo esfuerzo por salvar á su infortunado amigo.

Aunque aniquilado de cansancio despues de tantas correrías y viajes, Sigismundo preguntó el camino que había tomado Fritz, y partió en su busca apresuradamente.

No le costó gran trabajo el alcanzarle, pues este marchaba muy despacio temiendo estropear el caballo de su amo, y el nombre solo del mayor de Steinberg fué suficiente para hacer volver al fiel criado; lo demás el lector puede adivinarlo fácilmente.

La presencia de Ritter y del desconocido en el castillo, exige tambien algunas esplicaciones.

Al dejar el Steinberg por la mañana, el sumiller se había vuelto en compañía de Sigismundo á la posada de Zelter, donde había recibido los veinte mil florines en que estaba

estipulada la baronía; Muller despues de haber exijido un recibo en toda regla, se dirigió á la aldea donde le había citado Frantz en la carta fatal que le entregó Augusta.

Ritter no se había opuesto á su marcha, quedándose él en la posada bajo pretexto de almorzar y de descansar un poco, pero en realidad se quedó esperando la vuelta de uno de sus agentes de policía á quien había encargado que siguiera á Sigismundo á cierta distancia, para descubrir el retiró que habían elegido los fugitivos.

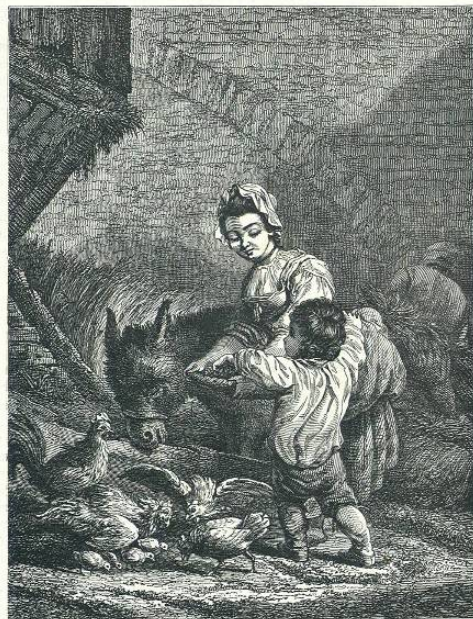
Muller y el hombre que debía espíar sus pasos habían sa-

lido hacia tiempo, y el caballero Ritter principiaba ya á impacientarse de la tardanza de su emisario, cuando una silla de posta tirada por cuatro caballos, y escoltada por dos criados, entró en la apacible aldea, deteniéndose delante de la posada de Zelter.

A la vista del personaje que se apeaba y que Ritter conocía muy bien, el sumiller experimentó un vivo descon-

(Se continuará.)

UNA ESCENA DE ALDEA.



Copia del dibujo de Louterbourg, grabado por Patas. — Dibujo de Freeman.

¿Porqué nos gusta tanto la representación de las escenas rústicas? ¿Que descubrimos en esas chozas, en esos haces de trigo amontonados, en esos gallos abriendo las alas y en ese asno meditabundo? ¿De dónde procede el encanto que hallan nuestros ojos en esa fresca fisonomía de la aldeanita, y en la sencilla actitud y desordenado traje del niño que está delante?

Esto consiste en que vemos allí la verdad y la vida, porque la égloga en proporciones sinceras, es el poema más natural, más amable y completo que existe. En todas partes menos en los campos, la existencia tiene algo de convencional; el trabajo dividido, ó perdido por decirlo así, en las

complicaciones de la máquina social, no produce siempre un resultado inmediato y visible; á veces no se descubre en que consiste su utilidad cierta, no se sabe el provecho que tiene para la sociedad. Aquí por el contrario, no hay nada oscuro; es la fuerza y la inteligencia luchando con la creación y avasallándola. En ese trabajo rústico, el hombre cumple evidentemente la misión que Dios le impusiera cuando le dió el imperio de la tierra; cuida de la prosperidad de su reino, explota sus recursos, se enriquece legítimamente, y no reclama sino lo debido.

La vida campestre, cuna de las sociedades, es siempre la esperanza de la mayor parte de los hombres; siempre los

cansados ojos se vuelven desde el centro de las ciudades hacia esas saludables labores, y esas sencillas alegrías de los campos. Así pues, ¿cómo hemos de admirarnos de que tengan tanto atractivo para nosotros los cuadros que nos recuerdan esa apacible vida? Casi todos los hombres hallan allí el objeto de sus aspiraciones y el cumplimiento de sus esperanzas.

Aquí el artista ha elegido en el poema la escena más sencilla, pero no la que presenta menos atractivos. Un niño va siguiendo a su hermanita que trabaja en la quinta, haciéndola preguntas a cada paso, y aprendiendo la vida, sin notar, con su dulce maestra. Al ver la ingénua composición del pintor, nos parece estar oyendo las candidas preguntas y respuestas.

MISIONES DE LA AUSTRALIA.

De una carta escrita por el P. Martin Griver sobre las misiones de la Australia, tomamos los siguientes periodos:

Tengo á la vista un extracto de la estadística formada por el gobierno en 1848 de la población que contenía entonces este distrito, con expresión de sus diversas creencias.

Anglicanos.	3063
Metodistas.	276
Independientes.	487
Disidentes.	488
Protestantes no especificados.	312
Católicos.	337
Mahometanos y paganos.	90
Otros de distintas creencias.	469

Total. 4632

De este número habitan en Perth 1148, incluidos 426 católicos. En Fremantle hay 426, de los que solo 29 son católicos: los demás están diseminados en varios puntos de la colonia. Desde entonces acá el número de los católicos ha aumentado estraordinariamente con la llegada de emigrados irlandeses que vienen á establecerse en este país.

El número de salvajes, de que tiene noticia el gobierno inglés, no pasa de dos mil; pero no cabe duda que en el interior son mucho más numerosos; pero se retiran temiendo el contacto con los blancos. Hemos resuelto establecer la mision en un punto fijo que será Sublago, pues en este país no son posibles las misiones ambulantes, por carecer absolutamente de todo recurso y medio de subsistencia. La denuncia no nos permite vestir la piel del cangrú como los salvajes: la delicada complexión europea no puede soportar pasar las noches al sereno y á campo raso con esta atmósfera maligna: nuestro estómago y nuestra salud no podrían avenirse á comer los asquerosos é insalubres manjares de que se alimentan estos salvajes. En estos inmensos bosques no hemos encontrado un árbol que dé frutos sabrosos y nutritivos. Es preciso llevarlo todo para atender á las primeras necesidades de la vida. Así, pues, estableceremos el monasterio principal, que será como el centro de la civilización. Luego nos internaremos un poco más, construyendo una cabaña ó un pequeño edificio, y cultivando la tierra de los alrededores á la europea, y haciéndola rendir los frutos de Europa. Así sucesivamente iremos adelantando el cultivo, y con él la fé y la civilización, hasta llegar á lo más apartado del continente y á lo más interior y escabroso de los bosques. Verdad es que este sistema de civilización es lento; pero con la constancia y los auxilios de lo alto es seguro. Así es como en Europa han llegado á cultivarse y civilizarse estensos países.

El alimento ordinario de estos salvajes es la corteza de cierto árbol machacada é insipida; la que masticada, como el regaliz, la flor amarilla de otro árbol que se parece á nuestras encinas, y la que se reproduce dos veces al año, chupándola y masticándola; todos los reptiles y víscos, sean terrestres, sean acuáticos, los que abundan en este país; las aves que pueden cojer, como los loros que se crían en abundancia, una especie de gatos silvestres que llaman pòmoms, de color pardusco, que se sostienen en las ramas de los árboles con la cola; y finalmente el cangrú, especie de cabra montés. Muchas veces pegan fuego á bosques muy espesos y estensos, sin otro objeto que hacer salir los cangrús, pòmoms y sabandijas que allí se crían, y cogerlos en abundancia.

Su vestido en las personas de uno y otro sexo consiste en una piel de cangrú que se echan á la espalda sin cuidarse mucho de cubrirse por delante; y eso tan solo para defenderse de la inclemencia del tiempo, y cuando tienen que ir á los lugares frecuentados por los blancos que les afean su desnudez. Por lo demás, cuando están entre sí, andan enteramente desnudos; ni procuran cubrirse, ni se avergüenzan á menos que uno les reprenda. No obstante, los que una vez han usado el vestido, mayormente las mujeres, gustan de él y no le sueltan fácilmente. Pero los hombres gustan de dejar el vestido de tanto en tanto, y tener un día de solaz, brincando y haciendo cabriolas por los bosques. El trato con los blancos ha hecho que muchos de ellos se cuelguen á la cintura un pedazo de lienzo, aunque estrecho, el que sujetan con algunas vueltas de bramante á las caderas, bramante que se hilen ellos mismos con el pelo de los pòmoms. Con el mismo bramante sujetan á la cabeza las plumas de algunas aves, y este es el principal adorno que usan. Esto y algunas armas, como el quidgí ó lanza, el cuchillo y el achamarillo, son la única industria que conocen.

Los que entre ellos figuran como gefes, llevan el nombre de gobernador ó rey, nombre que sin duda habrán aprendido de los europeos. Llevan por insignia un bastón, á manera de cetro, de unos tres palmos de largo; y en él llevan empicados diferentes signos parecidos á las notas del canto figurado, que espresan el número de ellos se cuelguen á la cintura su jurisdicción, así como los lugares más señalados, en donde puede cazarse el cangrú; por manera que el bastón ó cetro, puede servir para ellos de carta geográfica. Los de un distrito ó jurisdicción, no van á cazar ó habitar en otro, á menos que sea de tránsito: de lo contrario lo rechazan con la fuerza.

Sus chozas son muy sencillas y fáciles de construir. Clavan en tierra unos palos inclinados, de modo que los extremos de arriba se apoyan los unos con los otros: luego los cubren con ramas, y especialmente con cortezas anchas y blandas de cierto árbol que se esfolia á manera de papel de estraiza. Dejan una entrada abierta, y dentro no caben más que dos ó tres personas, á veces tan solo la mitad del cuerpo. Hacen fuego al pié, y como están contiguas las unas á las otras, forman á modo de un campamento. Regularmente no sirven más que para cuatro ó seis días, y á veces no llegan. De día van á buscar el alimento y vuelven antes de la noche, ó cuando les da la gana. Pasados estos pocos días, se marchan á vivir á otra parte. No siempre se toman esta pequeña molestia de levantar chozas: á veces se pasan sin ellas según la estación, y les basta hacer fuego. Si algunos, durante el día, van á alguna población inmediata, ó á buscar alimento, ó con otro objeto, antes de la noche vuelven indefectiblemente al bosque.

Además del adorno de las plumas de que he hablado arriba, suelen colgarse un hueso largo atravesado en el tabique de la nariz, formándose al intento un agujero en tiempo de la pubertad. Otro de los adornos que usan, especialmente los hombres, es la descripción de unas líneas que se forman rasgando fuertemente la piel al través de todo lo largo del pecho, espaldas y brazos, de cuyas cicatrices resultan grandes abolladuras que resaltan sobre la piel á manera de cordones del tamaño del dedo meñique. No he podido entender cómo se forman estas líneas sobresalientes. Buscan tambien cierta clase de tierra encarnada y roja, que mezclada con grasa de animales, ó con aceite, sirve para untarse todo el cuerpo y con especialidad el rostro. Algunos, especialmente las mujeres, se pintan el rostro de negro con dos líneas blancas á modo de una cruz inversa, lo que hace un visage horroso. No he podido averiguar el significado que tengan estas líneas: solo puedo decir que he observado que al morir alguna persona, algunas mujeres se han marcado de este modo. He observado tambien que cuando creen á un enfermo desahuciado, cesa todo cuidado con él y empieza la cantinela fúnebre, la que continúa por algunos días despues de la muerte. No lloran ni derraman lágrimas; tan solo prorumpen en alaridos, los que se interrumpen en intervalos, y al momento que cesan se ponen á conversar y aun á reír. Los más allegados al difunto, especialmente las mujeres, se arrañan horrosamente con los uñas la nariz, la frente y todo el rostro, y esto es señal de gran sentimiento.

ORIGEN DEL TELEGRÁFO ELECTRICO.

En un libro publicado en 1836 con el título de *Delittae physico-mathematicae*, por un alemán, Schwenter, se halla un proyecto cuyo parentesco con el telegráfo eléctrico es incontestable. Este proyecto no pertenece al mismo Schwenter, pues lo tomó de un libro inglés *the Author* publicado bajo el velo del anónimo. Traduciremos literalmente:

De cómo podrian dos personas comunicarse entre sí á grandes distancias, por medio de agujas imantadas.

«Si Claudio se encontrase en Paris, Juan en Roma, y que uno de los dos quisiese decir alguna cosa al otro, debería estar provisto cada uno de ellos de una aguja magnética, tan fuertemente tocada del iman, que pudiese obrar sobre la otra de Roma á Paris. Supongamos que Juan y Claudio tengan una brújula cada uno en que estén todas las letras del alfabeto y que comuniquen siempre juntos á las seis de la tarde. Si Claudio quiere decir á Juan: «Ven á mis de tendrá sucesivamente su aguja en las letras v, e, n, etc. Por lo tanto indicando la brújula de Juan al mismo tiempo las mismas letras, podrá este fácilmente transcribir las palabras que le dicta Claudio y comprender su significacion.

«Esta es, dice Schwenter, una linda invencion, pero no creo que se hallase en el mundo un iman de semejanje potencia.»

Puede muy bien Schwenter tener razon: mas para hacer esta invencion tan útil como bonita, le parecia bastaba una cosa: el inmortel descubrimiento de Oersted.

AGUAS DEL MISSISSIPPI.

Creemos se leerán con gusto los siguientes datos sacados de una memoria debida á un naturalista alemán sobre las

partes sólidas y seres vivos microscópicos de las materias suspensas en las aguas del Missisipi:

«Por las inmediaciones de Memphis y Tenesee arrastra el Missisipi al año una corriente de agua de 13.709,006,232,761 piés cúbicos ingleses. La 2,950 parte de dicho volumen es de légamo que contiene 82 especies diversas de seres vivientes microscópicos, distribuidas del modo siguiente: 41 especies de polígátricos, 37 de fitolarios, 2 de politalmios y algunas otras mas. El agua por la que circulan dichos seres es dulce.»

Comparando el Missisipi con el Ganges y el Nilo, se obtienen los resultados siguientes:

El Ganges por los puntos que tiene más profundidad, corre con una velocidad de 500,000 piés cúbicos de agua por segundo. Y el Nilo con una velocidad de 476,448 piés.

El Missisipi, en igual espacio de tiempo, corre con una velocidad de 434,711 piés, cuya cantidad es, por consiguiente, casi la misma que la que representa la velocidad de la corriente del Ganges por donde este río es más profundo, y dos veces y media mayor que la que representa la velocidad de la del Nilo.

La proporción en que se hallan las materias sólidas contenidas en los tres ríos indicados, es como sigue:

El Ganges arrastra 557 piés cúbicos de materias sólidas por minuto. El Missisipi 447, y el Nilo 430 9/10.

De suerte que el Missisipi con una masa de agua poco menor que la del Ganges, no arrastra mas que una masa sólida igual á la que arrastra el Nilo.

En fin, la vida orgánica entra en las porciones turbias de las aguas de los mencionados ríos en las proporciones siguientes:

En el Ganges constituye de un tercio á una cuarta parte de las porciones turbias, y existe en proporción de 63 á 439 piés cúbicos por segundo.

En el Nilo forma de una vigésima á una décima parte de dichas porciones turbias, y existe en una proporción de 6 á 43 piés cúbicos por segundo.

En el Missisipi constituye de una quincuagésima á una trigésimatercia parte de las porciones turbias, y existe en proporción de 2 á 4 piés cúbicos por segundo.

LA CORRESPONDENCIA INTIMA.

En la noticia que acompañaba el año último al grabado de la *Fisita Inesperada*, se dice que no se conoce ningún pormenor auténtico sobre la vida de Gabriel Metz. Así es la verdad; los escritores que mas minuciosamente han hablado sobre los pintores holandeses, guardan el mayor silencio con respecto á esto, y sin embargo, despues de Rembrandt, Metz es el mas grande y admirable de los artistas sus compatriotas.

Pero no porque le falte la parte anecdótica á la historia de este pintor, es menos conocido de los aficionados que han estudiado los ciento veinte ó ciento treinta cuadros suyos que poseen los museos de Europa, ó los gabinetes de algunos ricos particulares.

En uno de estos últimos, en el gabinete de M. Hope en Londres, hemos admirado la bonita composición que verán nuestros lectores con este artículo. La concepción es de la mayor sencillez; la espresion está llena de elegancia, y la ejecución presenta un perfecto acabado... no ese acabado lamido y un poco seco que se nota en las pinturas de Gerardo Dow, sino que tiene una franqueza y una facilidad que sorprenden y encantan. La luz que entra espian-